

ANGEL CASTELLAN: **Tiempo e historiografía**. 174 págs. Editorial "Biblos" Buenos Aires, 1984.

En estos tiempos en que se edita tanto y se **escribe** poco, cuando buena parte de los libros repiten lo que ya se sabe, convirtiéndose, por decirlo así, en "libros de actas", aparece **Tiempo e historiografía**, un conjunto de ensayos con límpida profundidad de ideas.

Su autor es el Dr. Angel Castellan, en la actualidad Profesor Titular de Historiografía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Cursó estudios de su especialidad en esa Casa de Estudios, graduándose en 1943 y obtuvo el doctorado en 1946. Ha sido Decano de la misma en años posteriores. Entre su producción bibliográfica, entre-sacamos algunos títulos de libros: **Filosofía de la historia e historiografía** (1961); **Juan Valdés y el círculo de Nápoles** (1963); **Variaciones en torno a la cosmo-antropología del Humanismo** (1970).

La obra presenta varios ensayos, en los cuales el autor se propone el estudio de los problemas que plantea la historiografía, entre ellos el de la definición de la actitud científica, el acceso crítico a los supuestos de la historiografía, la cuestión del tiempo histórico, el interrogante de quien hacemos historia y la no menos importante dificultad de averiguar la naturaleza de la conciencia histórica. Cada uno de estos ensayos, claros y profundos, están acompañados de algunos apéndices esclarecedores, que ensanchan y amplifican el contenido y la comprensión de aquéllos.

A los ensayos aludidos, que dan nombre a la obra, se suman otros tres, en los cuales se examina las dificultades propias de la historia de las ideas, la revaloración de los enfoques y los aportes realizados en el campo de los estudios históricos por Juan Agustín García, y, ya al final, algunas páginas sobre la situación de la historiografía argentina contemporánea.

No se propuso el autor escribir un libro corpulento, platórico de fichas, citas y subcitas, repeticiones, etc. Sí, en cambio, presentar con espíritu fermental, que tengan sabor y hagan pensar. La índole ensayística de los trabajos habrá de tenerla en cuenta el lector para apreciar debidamente la significación de esta obra, que trae puntos de vistas nuevos y personales, además de la posesión crítica y erudita de los temas.

Bien visto este libro se caracteriza, desde el ángulo de la expresión, por su estilo propio, por un modo personal de decir las cosas, entre cuyos rasgos figuran la agudeza, la concisión, por momentos el buen humor y la ironía, calidades que distinguen al autor de los historiadores corrientes, que suelen ser verdaderos virtuosos del hastío.

El primero de los ensayos ("Para una definición de la actitud científica"), estudia los fundamentos de la historiografía científica, desde Ranke y el positivismo hasta los esfuerzos de los historiadores influídos por el neokantismo de Windelband, Rieckert, Cassirer y otros, que no lograron superar sustancialmente los enfoques sobre la índole del objeto de la historiografía.

El conocimiento histórico continuó siendo pensado en términos de la relación entre sujeto y objeto, en que se privilegiaba a este último. El objeto de la historiografía prosiguió siendo el pasado, entendido como algo estático que se reflejaba fielmente en los documentos y las fuentes. La tarea del historiador se veía como labor de reconstrucción del pasado, susceptible de mejorarse y perfeccionarse gracias a la ampliación documental. Así entendido el esfuerzo cognositivo resultaba puramente cuantitativo y consistía en acrecentar el saber de lo que ya se sabía.

A pesar de los cambios epistemológicos ocurridos desde fines del siglo XIX en el campo de las ciencias físico-matemáticas, en los que el observador fue entrando cada vez más en el circuito del conocimiento, la historiografía científica continuó privilegiando al objeto (el pasado como entidad inmóvil), aferrada al antiguo modelo o manera de entender el conocimiento.

El Dr. Castellan, atento a los cambios ocurridos en nuestro siglo, propone otra concepción del conocimiento historiográfico, que toma en cuenta la fenomenología del tiempo histórico, destacando el carácter cualitativo, espiritual y existencial del tiempo de la historia. Su visión de la historiografía es fundamentalmente temporalista. El pasado no es algo dado y fijo como un hecho bruto, no es una entidad inerte y espacial; es tránsito temporal. Es una entidad peculiar que a la vez que está en el tiempo histórico, está hecha con tiempo y de tiempo.

El pasado histórico puede ser pensado historiográficamente a través de algunas categorías o conceptos básicos de índole temporal. En primer lugar, el pasado histórico, por su naturaleza temporal, es siempre una "formación" o "gestación". En ella participan los protagonistas de la misma, que a la vez dan una interpretación haciendo una primera "lectura". De modo que los testimonios y también llamados fuentes, constituyen ya un comienzo del saber historiográfico. No son un espejo que refleje un pasado exterior y quieto, sino que el pasado se halla encarnado en ellos. La categoría que piensa este rasgo del pasado histórico es la de "formación" o "gestación".

Como el tiempo histórico es dinámico proyecta hacia adelante, hacia el presente las virtualidades o posibilidades fecundas al pasado. Hay un momento de trascendencia. Es lo que ha permitido decir a Croce, dentro de su propio contexto filosófico, que el pasado es contemporáneo. A este aspecto o comportamiento del pasado histórico, el Dr. Castellan le llama la categoría de "proyección".

Para que el pasado histórico se proyecte hacia el presente, para que actualice sus virtualidades en el presente, es precisa la recepción o "acogida" por parte del presente, en consonancia con lo nuevo que se está gestando o formando en el presente. A esta categoría o concepto básico, que se refiere a otro aspecto importante de la entidad histórica, el autor la llama la "acogida". En esa recepción que se cumple en un presente participa también el futuro en alguna medida.

De acuerdo a esta teoría historiográfica, "la conciencia de cualquier circunstancia pasada se apoya, inevitablemente, en una "lectura" de la misma". La "lectura" corporiza, para un individuo, un grupo o una generación, todo el aspecto del pasado que pueda interesarle" (pág. 84). Con lo cual el Dr. Castellan viene a decir que no hay pasado posible fuera del marco de una determinada acogida. De modo que existen tantas formaciones como presentes que las acojan. El autor ilustra sus ideas con un ejemplo: Mayo. La primera formación es la recogida en los escritos testimoniales de Manuel Moreno, de Tomás Guido, de Juan Ignacio Nuñez y de Agrelo. Otras lecturas de esa formación podrían ser la **Autobiografía** de Domingo Matheu, los descargos del propio Saavedra y aun la **Memorias** de Gervacio Posadas.

La segunda formación corresponde a los hombres del 37. La tercera lectura-formación la constituyen los escritos de Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre. Y las formaciones de Mayo se podrían extender hasta el presente a través naturalmente de otras lecturas.

Son de consecuencias estas categorías historiográficas para la construcción de toda bibliografía, que no puede seguir siendo un amontonamiento apelmazado de nombres de obras. Cabe pensarla y ordenarla críticamente teniendo en cuenta los problemas que en cada acogida parezcan esenciales.

La teoría historiográfica y las categorías propuestas por el Dr. Castellan, han sido concebidas teniendo como eje el tiempo histórico y, por cierto, encierran una interpretación temporalista de la entidad histórica, siempre dinámica, provisoria y abierta a nuevas lecturas, acogidas y formaciones. Y cuentan con el respaldo de las contribuciones más recientes de hombres del oficio siempre renovado, como Febvre y Marrou, o de filósofos como Croce, Ortega y Gasset y Heidegger.

Igualmente novedoso es el ensayo que consagra el autor a los problemas que plantea la historia de las ideas y su relación con la historia de la filosofía. También importa señalar

la revaloración que realiza en otras páginas de la casi olvidada figura de Juan Agustín García, en quien ve un adelantado de la teoría historiográfica que llegará, veinte años después, con Lucien Febvre. Y transmiten enseñanzas de provecho las reflexiones finales del libro acerca de la situación de la historiografía argentina contemporánea.

En resumen: el autor ha contribuido a aclarar los problemas que plantea y su tesis y propuestas lo muestran como un buen expositor, agudo, comprensivo, cuyo espíritu creativo y verificativo no aburre. No padece agarofobia filosófica y por eso ha podido escribir un libro de quinta-esencias.

Diego F. Pró